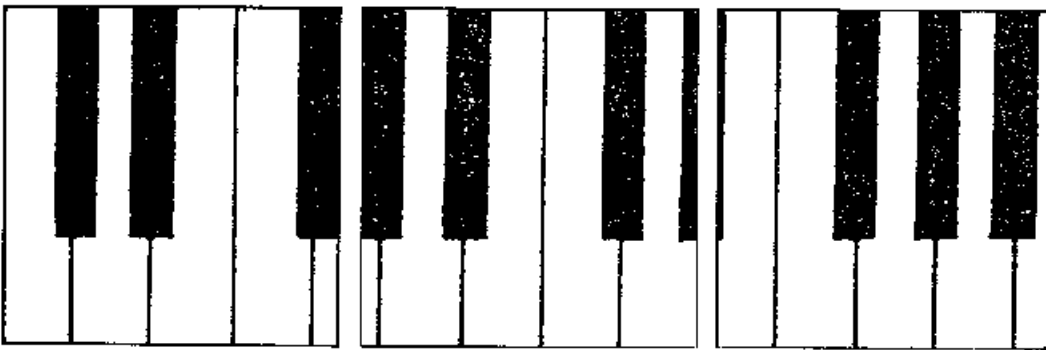


ALLEGRO MA NON TROPPO

Rosaura Hernández M.

Para Diana Pierce

Cuando veníamos para acá, estaba un poco nerviosa, siempre me pasa lo mismo cuando voy a conocer a alguien. Es la incertidumbre, la ansiedad, tú sabes, incluso el gusto de la novedad; ahora acentuado porque se trataba del jefe de mi marido. Yo creo que por eso molesté tanto a Diego: ¡ve más aprisa! ¡no te pegues tanto al coche de adelante! ¡ya vamos a llegar tarde! hasta que me hizo enmudecer con un ¡yo voy manejando! Todavía cuando Luis nos abrió y te presentó, seguía tensa. Qué boba ¿no? Ya cuando te vi vestida con esos jeans y esa sonrisa, respiré tranquila, pensé: es de las mías, sin tanto formalismo, voy a poder comer tranquila. ¿Quieres que te ayude a cortar el queso? ¿Así o en rebanadas más grandes? Contestando a tu pregunta sobre cómo nos conocimos Diego y yo, ni lo vas a creer: fue en Interligüa. Yo le daba clases de inglés ¿Te sorprende? pues sí, un tiempo de eso me mantuve, cómo me gustaba, me sentía relajada en un ambiente distendido. El inglés lo aprendí con mi abuelo, una persona tan cálida, tan vital. En esas tardes de mucho calor y poca actividad, hablaba de su vida sin grandes triunfos, pero gobernada por un azar que la hizo fascinante, a



través de sus palabras yo podía oír el mar embravecido que lo llevó a tierras portuguesas o ver a la mujer extraordinaria que en el bazar Khan el Khalili lo miró con la mirada más limpia que sus inquietos ojos puedan recordar. Ahora, decía, la vida se va quedando atrás como el paisaje que se contempla desde la ventana del tren. Reíamos, reíamos mucho. En cambio con el piano, llegó un momento que al sentarme en el banco me dolía el estómago, se me tensaban los dedos y hasta parecía que no veía el pentagrama. Mi papá siempre quiso que yo fuera concertista, porque de chica fui la que mostró mayores aptitudes y según la maestra tenía un oído excepcional. Al principio me encantaba y me sentía única cuando mis padres orgullosos me presumían en las reuniones, complaciendo a las visitas con sus melodías favoritas. Fíjate que ahora que te lo cuento hasta me parece cursi, pero de niña lo vivía diferente. Sin embargo, lo que se inició como un disfrute y un gozo al ver cómo mis dedos se continuaban en las teclas, poco a poco se volvió una presión constante y agobiadora. Todavía me retumban en los oídos los gritos de mi padre: ¡Sofía tienes que practicar más! ¡Sofía cuelga el teléfono



porque ya llegó tu maestra! Imagínate, mis hermanas haciendo lo que se les pegara la gana y yo cultivando este bendito don. Así sin darme cuenta, en un andante ligero, piano piano, sin mucho *scherzo*: llegué al último año del conservatorio, siendo una promesa para la música y con una vida muy decidida y programada. Pero en ese año ocurrieron dos cosas catastróficas: murió mi papá y mi novio de cinco largos años me dijo adiós para casarse con otra. Hay golpes en la vida como el odio de dios . . . ¿Sabes? siempre sí te acepto el Grand Marnier. Ya podrás suponer que para mí fue como acabarse el mundo. Ya no había quien dirigiera el timón de mi vida, ni con quien compartir el viaje. Me salí de la escuela, empecé a sentirme fuera de cuadro, y si antes era introvertida y tímida, con todo esto, me volví una tumba, más bien me sentía una tumba. Me sumí en una gran depresión, en medio de eso la clase de inglés era la única actividad que me hacía sentir viva. Diana, una amiga, me sugirió que fuera con su psicoanalista. Te diré que al principio sentí pánico. ¿Cómo hacer la cita? ¿Cómo empezar a hablar? Si no fuera porque Diana es una perseguidora nunca hubiera dado el primer paso. Fue tan doloroso enfrentarme a mis inseguridades, a mis miedos, descubrirme y aceptarme. Entendí que debía responsabilizarme de mi propia vida y desde entonces asumir mis decisiones. Descubrí que realmente me gustaba el piano y lo más importante es que lo pude dissociar de la figura de mi padre, con su aplauso o sin él de veras había una identificación con el instrumento. Regresé a él como a un antiguo amante que te conoce y que conoces, pero con una relación diferente. Y héme aquí, ahora sí una concertista satisfecha, más segura y tan extrovertida que no te ha dejado decir ni media palabra.